



Álvaro Quezada S.
Magister en filosofía

LA **FAMILIA** EN LA DRAMATURGIA DE SERGIO VODANOVIC

No me parece que la familia sea una institución en franca decadencia. Creo que, pese a los repetidos anuncios de su periclitación, sobrevive y renace como una forma válida de contrato referida a determinadas prácticas y funciones sociales. Reflexionar sobre la familia no es una tarea fácil, particularmente si no se elige la simple enumeración de procesos históricos y sociológicos que dieron lugar a su aparición. La familia se establece como modo de vida, como perpetuación de una especie y de una forma de vida; eso es claro, porque la cultura se reproduce en la familia. El habla, los usos y costumbres, los valores y las creencias subsisten en la familia y por medio de ella, aunque también permanentemente se recreen en ella. La familia es el soporte afectivo, social y cultural de los individuos.

Por la natural conformación de nuestra especie, el individuo humano está al nacer casi completamente a merced de su entorno. Mientras las otras especies animales nacen con una dotación natural (innata) que los capacita para conducirse tempranamente frente a las exigencias del medio, los seres humanos, en cambio, debemos aprender a sobrevivir y a conducirnos a través del aprendizaje. Quien primero provee ese aprendizaje es la familia.

Como individuos aislados no precisamos sólo alimento y abrigo: requerimos también afecto, consideración, reconocimiento. No podríamos permanecer en la vida si no contamos con otros próximos, quienes pueden proporcionarnos estos medios. Es sabido que los individuos que no cuentan con el sostén de una familia (aunque sea de aquella que ahora llaman uniparental), no se desarrollan adecuadamente ni llegan a adquirir las capacidades necesarias para com-

petir eficazmente en las duras condiciones de la vida. El alimento afectivo es una cuestión ineludible cuando se trata de dar mayores oportunidades de crecimiento y éxito personal. La familia es abastecedora de sustento material pero, quizás de manera más importante, la familia aporta también sustento afectivo, imprescindible para la formación de un autoconcepto positivo en el individuo. Naturalmente, en los orígenes de la institución, tales propósitos difícilmente están presentes: se trata más bien de una experiencia fuertemente emocional, de gran entrega y goce afectivo. Los padres aman no porque quieran fortalecer la autoestima de sus hijos, sino porque no pueden hacer otra cosa, y la carencia de afecto (o del instinto, como llegó a ser en algún momento concebido) es vista como radicalmente anormal.

La familia se establece como unión afectiva sólo muy recientemente. La historia a este respecto señala que las familias se constituyen, se mezclan y se extienden por intereses más que por afecto. El vínculo entre cónyuges que hace posible una nueva familia ha sido generalmente buscado por sus propias familias de origen, ya sea por conveniencia económica o social; se busca establecer un grupo de pertenencia que satisfaga necesidades de las dos familias de origen y no exclusivamente las de los cónyuges (y con mucha frecuencia prescindiendo de las de éstos), de manera que la familia unida afectivamente, tal como la conocemos hoy en la mayor parte del mundo occidental, constituye un efecto de los cambios en la sociedad liberal, muchos de los cuales tienen relación con su supuesta crisis.

El matrimonio por afecto produce un cambio en el modo como se establecen las uniones entre las perso-

nas: es un vínculo voluntario, un contrato querido y respetado por cada una de las partes, un compromiso sostenido por el anhelo de una vida en común. El afecto, enamoramiento o deseo, sostiene la renuncia y el compromiso propios de todo contrato; vistos de frente ante el beneficio del goce de una vida en común, los contrayentes renuncian a sus libertades individuales (o a una considerable porción de ellas) y deciden establecerse como una familia, tener hijos y perpetuar en ellos una forma de vida. Ésa quizás pueda apuntarse como la razón más fundamental para entender la crisis de la familia y su puesta en riesgo por la separación de los cónyuges: desaparecido el afecto, el enamoramiento o el deseo, ya no quedan razones para sostener la relación y la familia queda destruida o, al menos, resentida. Sin embargo, no se trata aquí de hipotetizar acerca de las crisis matrimoniales y su repercusión en la familia. Introduzco apenas algunas distinciones útiles que cabe tener en consideración.

La familia es fundamentalmente perpetuadora de la cultura, de formas de vida que se expresan en la continuación de lengua y habla, de tradiciones, de usos, valores y creencias compartidas. Por eso, la familia aparece en todo discurso no rupturista como “el núcleo de la sociedad” y, por lo tanto, como un bien incalculable para la sobrevivencia de una cultura y, finalmente, de una nación.

Esta función sociocultural de la familia queda en evidencia mucho más fuertemente en nuestros días, porque es cuando más se la echa de menos. La familia ha ido dejando de lado su rol formador de usos y valores y delegándolo en otras instituciones. Ésta es la faceta de la familia en que es percibida ya no sólo como proveedora material y de afecto sino también como vehículo de socialización y como formadora de hábitos y prácticas morales. En nuestros espacios nacionales, la familia extensiva provee de todos los medios materiales y morales para un efectivo crecimiento: los roles del padre y de la madre estaban estrictamente delimitados y la madre era, junto con los otros familiares mayores cercanos, quien formaba en lo que se hace y en lo que no se hace, en lo que se dice y en lo que no se dice, en lo que se cree y en lo que no se cree. La continuación de la tradición familiar y, por ende, cultural -en lo práctico y en lo ideológico-, estaba así garantizada. La familia nuclear, aunque mantiene en principio los mismos roles delimitados, ya tiene el germen de nuevas condiciones de existencia: padre y madre se retiran a vivir apartados de la familia extensiva, hay menos apoyo en las tareas domésticas y la

situación económica y de emancipación social llevan a la mujer lejos de los límites de su casa. Desde muy temprana edad, los niños deben abandonar el ámbito del hogar para situarse en espacios comunes con otros niños, a aprender lo mismo que antes debían aprender dentro de la familia, sólo que esta vez nada es como en la familia: hay menos afecto o no lo hay en absoluto, la formación está estructurada y normada para producir efectos evaluables y cuantificables y la influencia del grupo de iguales muchas veces atenta contra el mismo contenido de lo que se enseña. El efecto es muchas veces opuesto al que se espera (educación contraproducente) y produce vacíos en hábitos mínimos y en valores máximos. En consecuencia, la función formadora de la familia es reemplazada por instituciones que no cumplen (porque es imposible que puedan cumplir cabalmente) con la formación de los valores y prácticas morales imprescindibles para conducirse en sociedad. El jardín, la escuela y el liceo son instancias que no fueron concebidas para sustituir a los padres en dicho rol; la mayoría de ellas funciona más bien como informadora.

Antes, cuando era el padre o la madre quienes enseñaban a leer, transmitían también en esa práctica lo que era bueno hacer, pensar y creer. En esa transmisión de conocimientos, había también una sutil formación de la personalidad. Pensemos en la madre leyendo un cuento a su hija antes de dormir: la historia contada por aquella tiene buenos y malos, verdugos y víctimas; pero lo más importante es que la historia tiene una moraleja que la misma niña puede descubrir sin que apenas la formule verbalmente. Sobre todo, y esto es vital, la niña y el niño aprenden del ejemplo de sus progenitores. Los ven comprar en la tienda o en el almacén: se fijan si se quedan con el vuelto que recibieron de más. Los oyen decir mentiras cuando no pueden afrontar la verdad. Pronto aprenden de la diferencia entre lo que se dice y lo que se hace. Todo ello en el marco de una familia formadora o deformadora, pero dentro de ella, respondiendo a su propia tradición, perpetuando allí una forma de vida y siempre recreándola. No ha muerto la familia: sólo ha debido reinventar sus formas.

Hago estas reflexiones a título de exponer que la familia es un órgano al servicio de la formación sociocultural. Somos lo que somos como sociedad civil según el efecto que produzca la familia. Si ella se debilita, si ella abandona sus obligaciones, si ella vacila y delega en exceso sus atribuciones, la sociedad también decae. El sostén moral de la sociedad es la familia; de la salud o enfermedad de sus institucio-

nes puede inferirse la salud o enfermedad de la familia, puesto que en ella se forma el individuo que, necesariamente, perpetuará luego en su propia familia y en la sociedad la virtud o el vicio, la rectitud o la corrupción.

Cuestiones morales y valóricas, además de las inevitables cuestiones políticas, son las que rondan en la obra de Sergio Vodanovic, autor que abordaremos a continuación a propósito de su percepción de la familia. Cada una de las cuestiones que más arriba reseñamos aparecerá nítida en las dos obras que comentaremos. Antes unas notas biográficas.

La crítica sitúa a Sergio Vodanovic como miembro de la generación del 50 en la dramaturgia chilena. Vodanovic nace en 1926 y no es sino hasta 1947 que produce su primera obra teatral: "El príncipe azul". Sus obras siguientes son: "El senador no es honorable", 1952 (Premio Municipal 1952); "Mi mujer necesita marido", 1953; "La cigüeña también espera", 1955; "Deja que los perros ladren", 1959 (Premio Municipal 1959); "Viña", 1964 (Premio Municipal 1964); "Los fugitivos", 1965; "Perdón... ¡estamos en guerra!" (1966); "Nos tomamos la universidad" (1969). Posteriormente, participa de una fecunda relación con el ICTUS y sus experiencias de creación colectiva. Tras un largo silencio incursiona en algún momento en la producción de guiones para teleseries. Moralmente obligado a salir de Chile luego del golpe militar de 1973, no produce sino escasas obras hasta el 12 de febrero de 2001, día en que fallece aquejado por la misma dolencia renal que lo acompañaba desde la infancia¹.

En relación al problema que nos importa en este breve trabajo (la imagen de la familia chilena en la obra de Sergio Vodanovic), me parece conveniente centrar el análisis en dos de las obras donde el tema se toca más nítidamente: "El senador no es honorable", de 1952, y "Deja que los perros ladren", de 1959. Aunque gran parte de la crítica ha enfatizado el carácter de denuncia de la dramaturgia de estos años, son pocos los trabajos que han brindado importancia a la relación específica del texto con el contexto histórico y con la instancia ideológica que la constituye. En general, en un gran número de textos dramáticos de esta década subyacen visiones de mundo que expresan un mensaje de cambio vinculado a la sociedad y al momento histórico concreto. Las respuestas ofrecidas en las piezas teatrales proyectan una imagen de la realidad chilena como una sociedad en crisis. Una de estas respuestas existentes es la representada por

el social cristianismo que condiciona al sector intelectual pequeño burgués, cuyas bases ideológicas enraízan con la doctrina social cristiana y en su expresión política: la Falange y el Partido Demócrata Cristiano.

Una de las claves para entender esta opción reside, por una parte, en el desencanto producido por el fracaso del populismo de los años 30 (Frente Popular y corrupción administrativa) y, por otra, en el ejemplo de la revolución cubana. Ello provocó en el país, desde finales de los años 50, una opción por la alternativa centrista liderada por la Democracia Cristiana, cuyos supuestos cambios estructurales en democracia o "revolución en libertad" pretendían encontrar un camino para dar salida a la crisis nacional. Esta posición intermedia entre capitalismo y marxismo despertó gran entusiasmo no sólo en los estratos populares sino también en sectores de la pequeña burguesía, especialmente intelectuales y profesionales que vieron en su programa recristianizador la solución a los "males" sociales del país.

En este contexto social y político, autores como Luis Alberto Heiremans, Alejandro Sieveking, Sergio Vodanovic y Egon Wolff, escriben obras que revelan una imagen del país y del mundo en donde predominan la injusticia, la corrupción y el caos. Esta forma de representación de la sociedad chilena coincide con momentos de efervescencia social, bajo los cuales se impulsan proyectos políticos cercanos al ideario demócratacristiano.

El mismo Vodanovic participa activamente en la formación de la Falange, tanto a nivel ideológico como político partidista. Su compromiso con el Social Cristianismo lo hace abandonar las filas del Partido Demócrata Cristiano a fines de los 60 para comprometerse más directamente con el proyecto socialista de Salvador Allende, a través de la formación del MAPU. Vodanovic no es un autor al margen de su época; más bien está profundamente enraizado en los problemas de su tiempo, problemas que, a su juicio, tienen su origen en cuestiones de carácter valórico y moral. A la inversa del maquiavelismo expreso y velado de la modernidad, representado en el divorcio entre moral y política, Vodanovic plantea que la política no puede hacerse a espaldas de los valores que gobiernan una sociedad. Si se trata de la vida pública, la probidad y la consecuencia con las ideas deben gobernar el accionar político. Como expresamos más arriba, el lugar de cultivo de estos valores que deben gobernar la vida social y política, es la familia. Pues bien, las fa-

milias representadas en las dos obras de Vodanovic que mencionamos son, en definitiva, familias burguesas. Y esto es importante en términos de los valores que allí gobiernan. En "El senador no es honorable", se trata de una familia pequeña, compuesta por una madre (Beatriz), un padre (el senador, que nunca aparece sino sólo mencionado) y un hijo (Lorenzo), llamado a sucederlo en su cargo. Los otros personajes son ajenos a la familia: la novia de Lorenzo (Alicia), un amigo que milita en el mismo partido (Andrés), el presidente del partido (Ignacio) y el encargado de la doctrina del partido (profesor Altamira). Un personaje clave está encarnado en un periodista (Farías), que es el que desencadena la tragedia dramática. Cierran la lista una criada y un secretario del senador, individuo aprovechador y no muy escrupuloso. En ambas obras se trata de lo que llamaríamos una "familia nuclear". Enfatizamos que hay sólo un hijo (no un niño sino un joven) que encarna en la crisis moral el nudo dramático de las piezas teatrales. La historia de "El senador no es honorable" consiste en los momentos que siguen a la muerte de un senador, muy popular en su partido y entre el pueblo por haber llevado a cabo un programa de viviendas populares. La madre, pese al dolor que la embarga, siente un desmesurado orgullo por la obra y el legado de su marido y, junto con el presidente del partido y todos sus más cercanos, aspira a que su hijo siga su tarea reemplazándolo en el sillón senatorial². Pero en ese preciso momento aparece Farías quien, tras una breve reunión, entrega antecedentes a Lorenzo acerca de los negocios en los que estaba envuelto su padre y que hacen dudar a Lorenzo de la probidad del difunto senador. Añade a estas evidencias el hecho de que, en estos negociados, su padre estaba asociado a Ignacio, el presidente del partido, y con el conocimiento de la madre y del, hasta ese momento, ejemplo vivo de los ideales de su partido: el profesor Altamira³.

Una primera reflexión antes de ir a la manera como se resuelve el conflicto. El dilema al que Lorenzo se ve enfrentado estará presente en toda la obra de Vodanovic. ¿Qué debe hacer el protagonista? ¿Debe ser fiel a sus más íntimas convicciones, aquéllas que obtuvo principalmente de la palabra y el ejemplo de su familia? ¿O debe ser "realista" y actuar conforme lo dicten las circunstancias? Otra arista del dilema consiste en este segundo parto, podríamos decir, al que se ven enfrentados estos protagonistas de Vodanovic: la distancia entre las palabras y los hechos. Como pérdida de la inocencia, Lorenzo se percató de que las palabras de su padre distaban mucho de lo que su padre efectivamente hacía. Esto es, el

dilema de la consecuencia: haz lo que yo digo y no lo que yo hago.

Como expresión del idealismo propio de su juventud (pese a que ya ha pasado los treinta años), Lorenzo reniega de su padre, lo baja de su pedestal y renuncia a sucederlo en su sillón senatorial, encontrando por supuesto férrea oposición en su novia y en su madre, amén del presidente del partido. Es más, pretende hacer públicos los antecedentes que recibió de Farías, buscando con ello barrer con la corrupción en su propio partido. Su novia y su madre confabulan para presionarlo a que cambie de opinión: la primera indicándole que no espere que le seguirá a una vida de sacrificios y privaciones: si hace algo como lo que pretende no podrá casarse con él, pues ya no sería el mismo hombre que ella amaba; la segunda sufre un oportuno desmayo que evidencia un delicado estado de salud. El sospechoso chantaje permite que Ignacio vuelva a la carga y maneje astutamente las condiciones para provocar una respuesta favorable en Lorenzo, quien finalmente accede a la designación⁴.

Curiosa es la moralidad que Vodanovic atribuye en esta obra a la familia. Es una moralidad que funciona hacia adentro de la misma familia y cuyo eje es la seguridad. La familia se protege a sí misma, se asegura de lo exterior y, en ese motivo, miente, negocia y manipula. Las personas tienen derecho a tener grandes ideales y a perseguir su encarnación siempre y cuando no pongan en riesgo a la familia. El propósito de formar una familia es proveer seguridad, defenderse de la inestable condición de la vida, en permanente estado de necesidad. Dicho ideal fue atribuido, por lo menos hasta esos tiempos en Chile, a las mujeres. Son las mujeres quienes privilegian la seguridad por sobre la libertad, a la inversa de los varones. Antes de integrarse masivamente al mundo del trabajo, las mujeres tenían que depender del trabajo y de la protección de los hombres. Con la independencia económica ya no es propósito generalizado el "casarse bien", como quiere Alicia. Las mismas mujeres proveen su seguridad, y su independencia significa un gran cambio en las condiciones internas de la familia. Pero en las condiciones de esta familia burguesa de mediados del siglo XX, no cabe otra forma de reaccionar: la estupidez de Lorenzo es no darse cuenta de que destapar la corrupción y negarse a suceder a su padre pone en peligro las bases de su grupo familiar y la posibilidad de formar uno a su vez. El dilema moral de Lorenzo se resuelve entonces a favor de la seguridad: dejar las cosas como están, porque de esa manera todos quedarán protegidos.

“Deja que los perros ladren” es una obra escrita siete años después, que aborda un dilema moral de similar factura al de “El senador no es honorable”. Sin embargo, esta vez el acento está en las presiones externas que recibe un individuo para pasar sobre sus convicciones y actuar de manera corrupta. La firmeza para resistir esas presiones y ordenar moralmente la vida se encuentra esta vez al interior de su misma familia. Los personajes son Esteban Uribe (jefe de salubridad de un ministerio) su hijo Octavio, su esposa Carmen, su amigo el ministro y un periodista –también algo corrupto– llamado Ramón Cornejo. Como vemos se trata de una estructura similar: Octavio es un joven estudiante que llegará a ser abogado igual que su padre. Éste se ha formado en una doctrina que sostiene el respeto a la ley y a la justicia por sobre cualquier otra consideración y bajo estas mismas premisas pretende que se forme su hijo. Su vida, en términos de comodidad material, sin embargo, deja mucho que desear; en el fondo no es sino un modesto empleado público que sueña con comprarse una casa en el barrio alto. Su estatus recuerda a esa mal llamada clase media chilena, pequeña burguesía que cubre con dignidad su precaria sobrevivencia. Tiene las aspiraciones propias de esa familia chilena que quiere educar a sus hijos para que sean mejores que sus padres y alcancen eso que ellos jamás consiguieron. Un día le visita su amigo el ministro, un ex compañero de estudios en la carrera de leyes. Notamos de inmediato la diferencia entre ellos. Mientras Esteban Uribe era un alumno destacado, el ministro fue un discreto estudiante que muchas veces debió recibir la ayuda de su condiscípulo; sin embargo, llegó a la cabeza del ministerio y Esteban debió conformarse con un puesto de rango inferior. El ministro viene a ordenarle a Esteban que, fundado en un supuesto problema de salubridad, cierre un diario que sostiene una dura campaña contra el gobierno. Esteban sabe que tal problema no existe, por lo que se niega a cerrarlo. En el intertanto, Esteban Uribe recibe la visita del director del periódico, quien no puede convencerse de la ingenuidad de aquél. Comienza entonces un duro forcejeo entre Esteban y el ministro, que sólo termina cuando, no pudiendo resistir las presiones políticas, laborales y familiares a las que es sometido (él y su familia reciben llamadas obscenas y amenazantes y se desata una campaña en contra), aquél acepta cerrar el periódico y su vida retoma otra vez los cauces normales. Eso es al menos lo que espera Esteban, pero su vida ha cambiado desde que traicionó sus propios ideales y se ajustó a las exigencias del medio. Ahora gana más dinero y se ha mezclado en otros negocios con su amigo el ministro, pero las relaciones con su

mujer y su hijo se han resentido: ella le reprocha que ya no son tan felices como antes. Octavio, por su parte, ha dejado sus estudios y se ha convertido en el secretario del ministro, adoptando de buen grado sus valores y sus prácticas. En suma, la vida de Esteban ha virado en 180°; ya no hay convicciones profundas y se ha transformado en lo mismo que tan firmemente despreció.

El hecho que produce el giro en el desenlace es la constatación del cinismo de su hijo Octavio. Apreciando que éste ya no tiene ideales y ha abandonado su deseo de defender sus principios escudándose en la fuerza de los rudos hechos, Esteban Uribe –tras una esclarecedora charla con Ramón Cornejo– decide que volverá a ser el mismo de antes. La fuerza del argumento reside en la vigencia de principios universales para los cuales no caben matices ni interpretaciones y que hay que defender, porque en ello está en juego la suerte de los hijos. Es la formación moral de los hijos la que cabe proteger, de otro modo ellos se darán cuenta de nuestra inconsecuencia, de nuestra incapacidad para actuar en consonancia con nuestros dichos⁵. Hacer que Octavio recobre la fe en el poder de los principios por sobre la acomodación circunstancial es el motivo que impulsa la solución al dilema de Esteban. En el momento que Esteban aclara su opción, recibe el inmediato respaldo de Carmen, de Octavio y del periodista Cornejo, y la incompreensión, por cierto, de un insalvable ministro. Es la familia que se aglutina hacia el interior, que se fortalece en la unidad de sus miembros y en la solidez moral de sus principios.

Siete años de diferencia para una propuesta radicalmente diferente: una familia sometida a presiones con un final esperanzador. Mientras en “El senador no es honorable” no hay solución para la profunda crisis moral que sacude a la vida pública, en “Deja que los perros ladren” hay sin duda una oportunidad, la que emerge de la fortaleza familiar sustentada en la solidez moral de sus principios. Vodanovic plantea contrastadamente las opciones en este último drama. No hay medias tintas: o actuamos con rectitud o nos abandonamos perezosamente a las circunstancias. Siempre habrá excusas para abandonar normas y principios. Lo importante es tener también razones para honrarlos y respetarlos aun cuando sea una opción inconveniente o impopular. Lo vital es ser capaz de educar a nuestros hijos en ese respeto y no sólo por medio de palabras (casi no es esencial el discurso), sino por medio del ejemplo. Eso constituye la solidez de nuestras instituciones; sólo así se entiende que la familia sea el núcleo de la sociedad⁶.

- 1 Una edición muy cuidada de sus obras, que incluye sus más recientes creaciones, es la de reciente aparición: Vodanovic, Sergio. "Antología de obras teatrales." Santiago de Chile: Ril Editores; 2003.
- 2 "Lorenzo: (...) Es fácil ser honrado; es agradable poder seguir una huella limpia. Ahora lo comprendo. Papá me educó para sucederlo. Siempre me alentó a seguir mis inclinaciones. Cuando principié a estudiar Derecho, él fue mi consejero. Después, ya abogado, no protestó porque desdénaba importantes puestos y ponía todo mi entusiasmo en la defensa de los trabajadores. En un momento, hasta pensé que era absurdo tanto idealismo, que me estaba sacrificando inútilmente. Pero ahora sé que no era así. Fui educado para sucederle, y debo cumplir con mi parte. No hay nada que temer." Vodanovic, Sergio. El senador no es honorable. "Antología de obras teatrales." Santiago de Chile: Ril Editores; 2003, pág. 31.
- 3 "Fariás: Quiero, simplemente, explicarle por qué no aceptará ser el sucesor de su padre en el Senado. Porque cuando estudie los documentos dejados por su padre, comprenderá que el senador Cruz tenía comprometidos grandes intereses en la firma constructora que realiza esas viviendas." *Ibíd.*, pág. 34.
- 4 "Lorenzo: Ya lo ves. Soy todo un Cruz: Mi madre estará tranquila. Tus amigos me sonríen y me ofrecen su mano, y en el Senado tus compañeros se prestan a recibir al más joven de los colegas (...)" *Ibíd.*, pág. 64.
- 5 «Esteban: ¡Imbécil! Sí, le he dicho imbécil... Pero nuestros hijos nos miran, señor Cornejo. Están acostumbrados a mirarnos. Es inútil decirles: Hagan lo que les digo, no lo que yo hago. Llegará un día -que no está muy lejos, no-, en que su hijo dirá que le importa un bledo la opinión pública, que no se interesa por los grandes diarios, que él sabe cómo perfeccionar su receta, cómo hacer más dinero a costa del escándalo...» Vodanovic, Sergio. Deja que los perros ladren. "Antología de obras teatrales." Santiago de Chile: Ril Editores; 2003, pág. 102.
- 6 «Esteban: Creo que todos tenemos una responsabilidad, una tremenda responsabilidad: actuar de acuerdo con nuestras conciencias. Vivimos en una sociedad y una sociedad no es algo abstracto. Está compuesta de hombres, cada hombre forma parte de ella, cada hombre es... un ejemplo para los demás. De nada vale decir: 'Todos lo hacen'. Todos también pueden dar la misma excusa... Nos subestimamos, creemos que no somos importantes, que no podemos influir, pero nos equivocamos. Siempre hay alguien que nos está mirando siguiendo... No tengo por qué esperar que otros reaccionen. No tengo derecho a exigirte a tí o a los que me rodean que lo hagan, si yo no lo hago primero. No debo esperar que los que estén más arriba me muestren el camino. Nadie está más arriba ni más abajo para esta tarea. Todos somos hombres.» *Ibíd.*, pág. 105.